

memoria merece tener lugar en los fastos de la historia, como la de las personas mas distinguidas en la gerarquía. No solo es acreedor el padre Pedro Clavér, de la compañía de Jesus, á esta distincion por razon de sus virtudes heróicas, declaradas tales por un breve del Papa Benedicto XIV, relativo á la canonizacion, sino por el carácter particular de su celo (1). La parte del género humano mas ultrajada y envilecida fue el objeto de este celo, y su teatro Cartagena de Indias. Esta ciudad, que tiene un buen puerto en la costa de Tierra firme, es la escala de todo lo que se saca para Europa, así del reino de Méjico, como del Perú, del Potosi y de todos aquellos ricos paises; en una palabra, es como el centro en que se reunen todas las naciones comerciantes, en especial para el tráfico de negros. A todas horas llegan allí navíos en que están amontonados estos infelices esclavos, sin cama, sin vestido, sumergidos en su misma inmundicia y siempre cargados de cadenas; lo que, junto con el mal alimento, les causa enfermedades, canchros y úlceras tan pestilentes, que ellos mismos no pueden tolerar su hedor. Ni á las bestias se las maltrata con tanta crueldad: de lo que resulta que muchos de ellos quieren mas bien ahogarse ó dejarse morir de hambre, que pasar una vida tan desdichada, y principalmente cuando hay algunos amos tan desapiadados que en viéndolos incapaces de servir, ya sea por enfermedad ó por vejez, los abandonan á su

(1) Vid. del P. Clavér t. 2.

triste suerte, del mismo modo que á los animales inútiles. Lo mas deplorable es que tienen los tales tan poco cuidado de sus almas como de sus cuerpos; y nunca se pudo esclamar con mas razon: ¡á qué no obliga la sed impía del oro!

A vista de estos horrores, el padre Clavér, á quien habia inspirado el Padre de todos los mortales un cariño particular hácia los negros, quedó penetrado de la mas viva compasion, y formó el designio de consagrarse todo á su servicio. Se extendió su celo á todos los pobres y desgraciados, cuidándose poco de egercerle con los ricos, á quienes nunca falta este género de auxilio; pero los negros tuvieron siempre la parte principal en su caridad, y puede decirse, que por espacio de cuarenta años se sacrificó enteramente á su alivio y á su salvacion. Cuando hizo la profesion solemne de religion añadió á los votos ordinarios el de consagrarse para siempre al servicio de los negros, y firmó *Pedro, esclavo de los negros mientras viva*. Acaso no se pronunció jamás un voto tan difícil, y jamás hubo ninguno mejor cumplido.

Luego que llegaba al puerto un navío cargado de negros, acudia este tierno misionero y llevaba aguardiente, bizcochos, frutas, conservas y otros platos delicados para agasajarlos y consolarlos, como pudiera hacerlo una madre con sus hijos. Su primer cuidado era desvanecer la persuasion en que están la mayor parte de ellos de que los llevan para emplear su grasa en carenar los navíos, y su sangre en teñir las velas. Les daba á entender que aquel error era un

artificio del espíritu maligno para hacerlos infelices en este mundo y en el otro: que al contrario los llevaban para librarlos de la esclavitud infernal y proporcionarles una felicidad interminable; y que en este mundo les serviría él de protector, de defensor y de padre. Pero por mas que pudiese decirles, ó hacer que les dijese sus intérpretes, era mas elocuente que todos los discursos su ternura y compasion, el cariño que les mostraba en todas sus acciones, y cierto atractivo simpático que habia puesto el cielo entre el pastor y las ovejas que le encargaba. Acababa de conciliarse su amistad distribuyéndoles los refrescos que habia llevado consigo. Por eso solia decir que era necesario hablarles en primer lugar con las manos. Oíanlo algunos amigos virtuosos, y le enviaban todas las provisiones convenientes. Hecho ya amigo de los negros, trabajaba para hacerlos amigos de Dios. Se informaba desde luego de todas las criaturas que habian nacido durante el viage, para conferirles el bautismo; visitaba despues con el mismo objeto á los adultos que estaban gravemente enfermos; acariciaba generalmente á todos los que padecian algun mal; curaba y limpiaba por sí mismo las úlceras, les llevaba el alimento á la boca, los abrazaba con ternura antes de apartarse de ellos, por mas asquerosos que estuviesen, y los dejaba prendados de una caridad que les era casi desconocida.

En el dia del desembarco general volvia acompañado de negros ancianos, de la misma nacion que los recién-venidos. A unos les daba la mano para

ayudarlos á poner el pie en tierra: cogia en brazos á los enfermos, y los llevaba á los carros que les tenia preparados; y no habia ninguno á quien no diese alguna señal particular de benevolencia. No se apartaba de ellos hasta que los habia conducido á todos á su destino; y cuando estaban en sus casas, los iba visitando sucesivamente; los recomendaba mucho á sus amos, y les daba palabra de que no tardaria en volver, y los tendria siempre presentes.

Despues se trataba de recoger, para la salvacion de sus almas, el fruto de estas caridades corporales, y lo egecutaba de este modo. Habiendo acordado con sus intérpretes las horas convenientes para la instruccion, iba allá en el momento señalado, llevando en la mano un baston terminado en forma de cruz, un Crucifijo en el pecho y á la espalda una alforja, en que habia una sobrepellíz, una estola, varias imágenes y todo lo que se necesitaba para aliviar á los enfermos. Entraba con semblante alegre en sus habitaciones, que son una especie de almacenes, ó por mejor decir de establos húmedos, oscuros y faltos de todo. Aunque son capaces de contener muchos centenares de negros, la multitud de éstos los obliga á estar amontonados unos sobre otros sin otra cama que el suelo. Es tan intolerable el hedor que allí se siente, que son pocos los europeos que pueden sufrirle por espacio de una hora. Pero el padre Clavér tenia sus delicias en aquellas fétidas moradas, atendiendo únicamente al valor de las almas redimidas con la sangre de Jesucristo. Allí erigia una especie

de altar en que colocaba algunas pinturas capaces de escitar fuertes sensaciones, por ejemplo, de la crucifixion, del paraiso y del infierno, para dar á aquellos entendimientos groseros alguna idea de nuestros misterios. Despues colocaba por sí mismo las sillas para sus intérpretes; y á fin de que tambien los negros pudiesen oír con comodidad las instrucciones, iba á buscar bancos, tablas y esteras, haciendo todo esto con tanta alegría, que aquellos pobres esclavos no sabian cómo manifestarle su agradecimiento. Parecia que solo estaba allí para servirles, y que era esclavo de los mismos esclavos. Si veía alguno cuyas úlceras incomodasen á los demás por el mal olor, ó por su aspecto asqueroso, le cubria con su capa, ó le hacia con ella una especie de silla, temiendo que fuese demasiado duro el asiento que tenia. Muchas veces se retiraba tan lleno de inmundicia, que era menester lavarle siete ú ocho veces.

Por poca fe que se tenga, se comprende fácilmente la abundancia de las bendiciones que derramaba Dios sobre el ministerio de una caridad y de una abnegacion tan perfecta. Aunque la mayor parte de los negros, ya sea por temor ó por ignorancia, obedecen fácilmente á sus amos cuando les mandan que se hagan cristianos, hay algunos, especialmente los de Guinea, que por orgullo, ó por una estupidez feróz, son casi intratables en este punto. Tambien los hay sumamente adictos á las prácticas supersticiosas de la idolatría ó del mahometismo. Pero ninguno dejaba de rendirse á la actividad y perseverancia de este

santo pastor. No trataba él de que se abrazase el cristianismo, como lo egecutaban los comerciantes, los cuales, despues de recibido el bautismo por aquellos neófitos, se cuidaban poco de su fe y de sus obras; pero él no contentándose con hacerlos cristianos de nombre ó de profesion, queria que fuesen verdaderos fieles, instruidos y firmes en la fe, arreglados en las costumbres y llenos de piedad y de virtud. Efectivamente, en aquella porcion degradada, y poco menos que embrutecida, del género humano, llegó á formar modelos de todo género de virtudes, y presentó ejemplos capaces de confundir á los europeos mas instruidos. Lo mas prodigioso es, que aquellos hombres, cuyo solo aspecto casi hace dudar de su origen; que se valen de los buenos tratamientos y de los beneficios contra sus mismos bienhechores, y que se cree que solo hacen caso del rigor y de los golpes, les inspiró agradecimiento, veneracion, una confianza y un cariño filial. Véase aquí lo que puede obrar la gracia en unos corazones que apenas son susceptibles de las impresiones de la razon y del sentido humano.

¡Pero qué trabajo tan improbo, qué paciencia tan admirable no se necesitó para que se arraigasen estos frutos de salvacion en una tierra tan ingrata! ¡Qué dificultades no tendria que vencer aquel laborioso pastor para dar las primeras nociones de nuestros divinos misterios á unos hombres torpes y de cortísimos alcances, que solo pueden formar idea de lo que les entra por los sentidos! Aun para las cosas sensibles

y mas sencillas, como para enseñarlos á persignarse, era necesario repetírselo á uno solo hasta diez, quince y veinte veces. Pasaba al siguiente, y era necesario volver á empezar como si nada hubiese dicho. Así proseguia de unos en otros, casi siempre con el mismo trabajo, y siempre con la misma paciencia y afabilidad, y aun haciendo muchas caricias á los que mostraban alguna aplicacion, por poca que fuese. Despues de esto era necesario cultivar las primeras semillas de religion que habia sembrado en sus almas. Todos los dias iba á visitarlos á sus casas, les repetia la instruccion de la víspera y los preparaba para la del dia siguiente. Los dias de fiesta iba él mismo á buscarlos para oír misa, y los llevaba á la iglesia, donde tenia ya preparados bancos y esteras para preservarlos de la humedad. Pero todo lo que hacia para instruirlos, no equivalia á lo que le costaba el disponerlos como es necesario para los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Cuando se acercaba alguna festividad, cuidaba de advertírselo y de escitar en sus corazones todos los buenos sentimientos que les habia inspirado. El dia de la festividad se ponía en el confesonario á las tres de la mañana, y se estaba allí hasta la última misa, la que solia él decirles, teniendo á mucho honor ser el capellan de los miembros de Jesucristo mas despreciables segun el mundo. En presentándose algun negro no admitia á ningun otro penitente, y si algunas señoras, llenas de confianza en aquel santo director, se mezclaban entre la muchedumbre, las decia que no las seria

dificil hallar otros confesores, pero que las pobres negras no tenían otro que á él. Si se empeñaban en que las oyese, tenían que esperar á que acabasen todos los negros.

Consagrándose de este modo á su servicio, nada omitia para contenerlos en los límites de sus obligaciones y para que nunca se olvidasen de ellas. Iba á cualquier parte en donde le parecia que podria encontrarlos, y á todos les daba algun consejo acomodado á las circunstancias. Si veia que se apartaban de la decencia propia del cristianismo, les hablaba con un imperio que al momento los obligaba á ceder. La autoridad que habia adquirido sobre ellos, y el amor que le profesaban, los movian á obedecer sin trabajo y sin réplica. Su presencia sola era un freno capaz de contener y de corregir á los indóciles. Aun los mas viciosos se arrodillaban para pedirle la bendicion siempre que le encontraban; y hubo blasfemos que cuando estaban mas enfurecidos se echaban á sus pies y besaban la tierra en que él pisaba.

Solo usaba de seriedad en las ocasiones en que era indispensable. Era temido, porque era amado y merecia serlo. Se sabia que anhelaba únicamente por la felicidad de sus queridos negros, ó á lo menos por disminuir el peso de sus trabajos. Iba de continuo á consolarlos en sus aflicciones, y recorria, en medio de los ardores del sol, las habitaciones campestres mas distantes. Los socorria en todas sus necesidades, y les llevaba, no solo remedios, sino tambien los alimentos que sabia serles mas agradables.

Muchas veces se estaba horas enteras en las plazas y calles para recoger limosnas y varias provisiones, las cuales ponía en un cesto, y cargaba con él como si fuese el último de los esclavos. Si hallaba algunos que temiesen ser castigados por sus amos, con motivo de haber perdido alguna cosa por negligencia ó de otro modo, iba corriendo á pedir perdon con las mas vivas instancias, y si por un efecto de avaricia no querian concederle los amos, buscaba limosnas por todas partes para indemnizarles de la pérdida. Si sabia que á otros se les trataba con una severidad bárbara, buscaba á los amos, y no perdonaba reconvenciones, súplicas ni promesas para escitarlos á la compasion. Lo mismo hacia si al pasar por las calles oia los gritos lamentables de aquellos á quienes se castigaba.

A los que estaban presos ó atados con un grillete, los visitaba con frecuencia, y sabiendo que estaban destituidos de todo auxilio, les llevaba cuanto creia que era á propósito para consolarlos, sin olvidarse del tabaco, que es la cosa á que tienen mas aficion. Tomaba parte en sus diversiones cuando eran inocentes, y pasaba con los infelices presos horas enteras ocupado en mitigar sus penas, y en hacer que les fuesen provechosas para la eternidad. Con sus discursos, acompañados de todo género de buenos oficios, impidió que muchos de ellos se quitasen la vida, á cuyo atentado están muy dispuestos. Cuando duraba mucho tiempo la prision, se trasladaba á casa de sus amos, y los rogaba por Jesucristo, que murió

por todos los hombres, que no precipitasen á aquellos infelices en la desesperacion y en el infierno. Les prometia, y en cierto modo se constituia fiador de que en lo sucesivo no tendrian motivo para quejarse de ellos; y para evitar aquellos infelices que quedase desairada la palabra dada por su padre, procuraban reparar sus faltas con la mayor exactitud y diligencia.

10. Todos los trabajos ocasionados por el comercio de negros, de los cuales llegaban algunos navíos todas las semanas y aun muchos dias de seguida, no eran suficientes para el celo de este Apóstol. Sin perderlos jamás de vista, y dedicado siempre con particular esmero á su salvacion, hallaba todavía tiempo para acudir á las cárceles públicas; al hospital en que estaban las personas que padecian las crueles y horrorosas enfermedades, causadas en aquellas regiones por un libertinage desenfrenado, y al lazareto de los leprosos, que son tambien muy comunes en aquel clima (1). Habiendo visto lo que hacia con los negros, no nos causará ninguna estrañeza los actos de caridad heróica que ejercia en los hospitales. Citaremos pocos egemplares, y dispondremos su relacion de modo que no ofenda á la delicadeza de los lectores. Entre los enfermos habia uno tan desfigurado, tan podrido y tan inficionado, que no pudiendo tolerar los demás el hedor que exhalaba, ni aun tenerle á la vista, se le habia puesto en un cuarto separado. Fue á buscarle el padre Clavér, y despues de saludarle

(1) Vid. del P. Clavér l. 3.

con tierno afecto, se sentó tan inmediato á él, que casi tenia apoyada la cara sobre un brazo del enfermo. Como éste arrojaba un pus asqueroso, suplicó al santo que se alejase un poco, pero el Siervo de Dios le respondió con alegría que no estaba incomodado, le besó devotamente las úlceras, y permaneció dos horas en la misma postura para consolarle é inspirarle sentimientos cristianos. Continuó visitándole por espacio de mucho tiempo; le predijo que se restableceria perfectamente, y le encargó que en lo sucesivo se abstuviese de pecar. Curó en efecto, lo que no pudo suceder sino mediante un milagro, segun la persuasion en que estaban todos los que le habian visto, y tuvo despues una vida muy arreglada.

En el lazareto, ó en el hospital de los leprosos, fue principalmente donde el padre Clavér halló un campo proporcionado al heroísmo de su caridad. No se veian allí mas que cadáveres vivos, cuyas carnes estaban consumidas hasta los huesos. Con la violencia del mal se les caian á unos las narices ó las orejas, la mitad de la cara, un brazo ó una pierna, y otros estaban cubiertos de caneros ó apostemas que causaban horror y exhalaban una fetidez intolerable. En aquella triste mansion estaban casi tan abandonadas las almas como los cuerpos. No se decia mas que una misa rezada los dias de fiesta, y esto con mucha precipitacion, para huir del aire contagioso que allí se respiraba. Si acudia algun sacerdote celoso á asistir á los moribundos no podia pasar de

los tres ó cuatro primeros, y se veia obligado á retirarse prontamente. Este campo, mirado con tanta aversion por los demás operarios, fue el lugar en que mas se complacia nuestro incomparable misionero; y consagraba con preferencia á los leprosos los dias que entre sus compañeros estaban destinados al recreo, porque entonces tenia mas despacio y mas libertad. Tambien tenia gusto en privarse de la comida, que en tales dias solia ser algo mejor, y en llevarse-la á los que estaban mas enfermos.

Luego que llegaba reunia á los que todavía podian andar; se ponía de rodillas en medio de ellos; rezaba algunas oraciones que repetian á coros; les dirigia alguna instruccion, y despues se sentaba en una piedra para confesarlos. Cuando hacia algo de frio, los arrojaba con su capa, y hacia que se apoyasen en sus rodillas los que no podian estar cómodamente de otro modo, esto es, aquellos que tenian ulcerados todos los miembros, y cuyo solo aspecto inspiraba horror. Desde allí pasaba á los cuartos separados, donde se encerraba á los que por la infeccion de sus úlceras inveteradas eran intolerables aun á los demás leprosos. Allí les daba de comer por sí mismo; les llevaba la comida á la boca cuando habian perdido el uso de los brazos, y si veia que alguno estaba mas desganado, comia con él en el mismo plato para escitarle el apetito. Limpiaba á los que no podian hacerlo por sí mismos; les curaba las úlceras; las tocaba con mas complacencia que si anduviese entre perlas ó flores; las besaba con ternura, y el